

[Otra edición en: *VIII Congreso Nacional de Arqueología. Sevilla-Málaga 1963*, Zaragoza 1964, 454-460. Versión digital por cortesía de los herederos del autor, con la paginación original].

© Herederos de Antonio García y Bellido

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

## Las casas de Itálica

Antonio García y Bellido

**[-454→]**

No se ha reparado aún bastante en el hecho admirable de ser Itálica una de las ciudades mejor planificadas y urbanizadas de todo el mundo romano, de todo el Imperio, incluyendo las ricas ciudades del oriente griego.

Conocemos aproximadamente el perímetro de las murallas de Itálica. Por él sabemos que fue una ciudad bastante grande, mayor que el término medio de las ciudades del Imperio. En Hispania lo superaban sólo las grandes capitales y emporios comerciales importantes. Emerita Augusta ocupó unas cincuenta hectáreas intramuros; Tarraco midió treinta y seis hectáreas. Pues bien, Itálica se extendía por una área urbana intramural de unas treinta. Si sobre estos datos hacemos un cálculo aproximado de su población, llegaremos a una cantidad —vaga e imprecisable, como es natural— de unos diez mil habitantes. Ello va de acuerdo con la gran amplitud de su anfiteatro, uno de los más capaces del Imperio, con la existencia por lo menos de dos grandes centros termales, con su gran teatro y con sus otros edificios públicos y aun privados.

Lo que hoy conocemos de su casco urbano nos denuncia una ciudad de calles muy espaciosas, cruzadas en ángulo recto y dando lugar a manzanas alargadas rectangulares, encerrando cada una por lo general dos grandes mansiones de tipo señorial, como las de Pompeya, con sus patios abiertos, sus pequeños interiores, etc. Las calles estaban calzadas con grandes losas y flanqueadas por dos amplias aceras para los peatones. Tales aceras estaban todas porticadas y los italicenses podían caminar por ellas al amparo de la lluvia y del sol. Se podía dar la vuelta completa a cualquiera de estas manzanas (*domus*) sin exponerse al aire libre. Una disposición así no tenía **[-454→455-]** entonces paralelo sino en el oriente helenístico-romano, en ciudades como Antiócheia del Orontes, Palmyra, Damasco, Gerasa, Ephesos, Apámeia, Laodikeia, Alexéndreia de Egipto, etc.

Por su amplitud, estas vías urbanas eran realmente excepcionales. La calle principal de Itálica, la que conducía directamente al anfiteatro, tenía una anchura de 16 metros. La calzada central, destinada a las caballerías y el tránsito rodado, medía una amplitud de 8 metros. Podían cruzarse holgadamente en ambas direcciones hasta los vehículos más grandes. Las aceras para los peatones medían otros 8 metros: cuatro para cada acera. Las vías secundarias eran algo más angostas, como es natural, pero no obstante su amplitud era también desacostumbrada, midiendo en todo caso nada menos que 14 metros de ancho: 8 para las dos aceras (como en la vía principal) y 6 para la calzada (dos menos que en la principal). Se habrá observado que la proporción entre calzada y aceras es inversa a la actual que por la abundancia del tráfico rodado da mucha más anchura a la calzada que a las aceras.

Tales dimensiones eran extraordinarias para entonces, y no se apreciaría su real valor si no se hacen comparaciones como las que siguen. Las calles más anchas de Pompeya tenían una amplitud media de sólo 10 metros, y las secundarias oscilaban entre 5 y 8, pero había muchas con menos de 5 metros. Las de Ostia eran por el estilo de las pompeyanas; las principales (el *Decumanus maximus* y el *Cardo maximus*) medían entre 10 y 15 metros de anchura. Las de Herculano no llegaban a los 10 metros, al menos en lo que hoy conocemos de su casco urbano. Las calles más amplias de Tamugadi, fundación de Trajano, no pasan tampoco de los 10 metros. Y no nos refiramos a las calles de los barrios populares de Roma en las que, según los poetas satíricos (Marcial, Juvenal) y los testimonios conocidos por las excavaciones, difícilmente podía circular por ellas, incluso en una sola dirección, más de un vehículo. Las ciudades helenísticas

del mundo griego oriental no tuvieron por lo general tampoco calles tan anchas como las de Itálica. La norma en la ciudad de planta hipodámica era de 8 metros de anchura en las calles principales y de 4 en las secundarias. La anchura de 19'85 metros [-455→456-] de una de las grandes arterias de Alexándreia es del todo excepcional, y en todo caso no llegaba a superar a la mayor de Itálica sino en sólo 3'85 metros.

La patria de Trajano y de Hadriano era, pues, una ciudad concebida y realizada en grande, en monumental, con una abierta generosidad y hasta con verdadero derroche, si tenemos en cuenta la situación de Itálica en el extremo de Occidente y su relativa poca importancia. Sin embargo, un romano o un itálico, en general, que llegase a Itálica a mediados del siglo II de la era, habría de recibir fuerte impresión, si no por sus templos y sus edificios públicos precisamente, sí al menos por la regularidad e insólita amplitud de sus vías, por la ordenación de su tráfico, por la belleza de sus largos porches y, si llegase a descender al subsuelo, por la perfecta red de su alcantarillado con galerías abovedadas por las que aún puede caminar con toda holgura un hombre erguido. Su impresión sería, en estos aspectos, similar a la de un campesino que entrara en una gran capital de hoy día.

Todo ello es sorprendente en extremo pero no inexplicable. En mi libro monográfico sobre esta ciudad ya demostré cumplidamente que, lejos de ser Itálica una ciudad más entre las hispanorromanas, fue una ciudad hecha *ex novo, a fundamentis*, gracias a la liberalidad de su ilustre hijo el emperador Hadriano. Entonces demostramos que la Itálica cuyas ruinas vemos hoy y admiramos ahora, no es la ciudad republicana como se creía, sino obra muy posterior, obra hecha de una vez, por la munificencia de Hadriano para con su ciudad natal y la de su padre adoptivo, Trajano. El emperador, al conceder a su patria chica —digámoslo así— el título honorífico de *colonia* (Aul. Gell. 16, 13, 4), le construyó también una ciudad nueva, con sus calles, casas, termas, teatro y anfiteatro. Juzgando por los avaros extractos de sus propias memorias, sabemos, por ejemplo, que "en casi todas las ciudades construyó algún edificio" (v. *Hadr.* 19, 2); que "fueron numerosos los monumentos que construyó en todas partes" (ibidem 19, 9), y que "ayudó a las ciudades... del modo más generoso... dándoles a unas conducciones de agua, a otras puertos, a otras alimentos, obras de carácter público y honores, según sus [-456→457-] deseos y necesidades" (Cass. Dio 69, 5, 2-3). Pero es que, además, Cassius Dio, el historiador, cuyo es el último de estos testimonios, lo dijo explícitamente refiriéndose en concreto a Itálica, con estas palabras (Cass. Dio 69, 10, 1); "Honró a su ciudad natal con magnificencia y la obsequió con muchos y espléndidos dones" (Τὴν δὲ πατρίδα [sl. 'Ιταλικά]... μεγάλα τιμήβας [sl. 'Αδριανός] και πολλά και υπερέφανα αὐτῇ δούς). Y, de hecho, la Arqueología nos ha dado sobrados testimonios de ello.

En primer lugar, las formas y técnicas constructivas de la ciudad hoy visible, que no pueden ser anteriores al siglo II de la era. Luego, la fistula de plomo hallada en sus termas, pieza que guarda hoy el Museo de Sevilla y en la que dentro de una cartela se lee *Imp(erator) C(aesar) H(adrianus) A(ugustus)*, como correctamente leyó el profesor Collantes de Terán. Añadamos que a la entrada de Itálica por el nordeste se halló, en 1942, en el mismo lugar donde en 1903 se descubrieron los testimonios indubitables de una calzada, un miliario con la siguiente inscripción; *Hadrianus Aug(ustus) fecit*, que, a su vez, según vio el señor Collantes, resuelve la lectura de otra columna miliaria con idéntico texto hallada sobre la misma vía a la altura de Guillena, poco más al norte de Itálica. Finalmente, la cata estratigráfica que en 1958 hice yo, personalmente, en uno de los departamentos de la que he llamado "Casa de la Exedra", nos dio para estas construcciones una fecha posterior a los Flavios.

Además, no es fácil creer que una comunidad agrícola semirural, como Itálica, con una población que oscilaría alrededor de los 10.000 habitantes, pudiese costear con sus propios medios, y en una sola generación, una planificación urbana extensa y sin par por su riqueza, unas termas magníficas, un anfiteatro que se encuentra entre los mayores del Imperio Romano, y unos ornamentos escultóricos dignos sólo de Roma o de las grandes metrópolis del oriente griego. Porque lo admirable de la escultura salida de Itálica no es tanto su abundancia como su excelente calidad, pues en ello supera a lo habitual y se coloca a la par de la misma Roma, pero no de la Roma popular sino de la oficial, de la imperial o, al menos, de los órdenes ciudadanos superiores. Nada de ello es explicable [-457→458-] por sí mismo. Hay que recurrir a la munifi-

cencia de sus dos ínclitos hijos, Trajano y Hadriano, pero en mayor grado este último, que fue el verdadero creador, *ab imis fundamentis*, de la Itálica que hoy comenzamos a conocer tras estas aclaraciones de su historia. Sin éstas sería inexplicable el porqué de que, fuera de Itálica, la escultura tenga ese carácter provincial que la de Itálica no muestra. Mientras en las ciudades restantes de la Baetica hallamos sólo estatuas de carácter civil y ciudadano, en Itálica lo que nos sale al paso son verdaderas obras de arte de carácter puramente ornamental, decorativo, sunuario y siempre de gran riqueza y monumentalidad.

Así pues, la Itálica que hoy día vemos es la del siglo II de Cristo y posterior, ya que de la primitiva, la republicana, aún no sabemos nada. Esta es, creo, la principal aportación mía a la historia de Itálica en el libro que hace tres años dediqué a la patria de Trajano y Hadriano.

Es evidente que los planos de la ciudad vinieron hechos de Roma, donde fueron trazados, sin duda, por los arquitectos del emperador. Estos siguieron en sus trazas las normas urbanas que medio siglo antes se dictaron para la reconstrucción de la Roma abrasada en el colosal incendio de tiempos de Nerón (año 64). Las ordenanzas neronianas las conocemos bien gracias a Tácito (*Ann.* XV, 43), que, entre otras cosas, dice: "Mandó Nerón que las casas destruidas fuesen reedificadas... según las dimensiones bien definidas de los barrios, con calles muy anchas y espacios amplios entre casa y casa. Limitó la altura de éstas y ordenó se añadiesen porches en las fachadas de las manzanas para protegerlas del fuego... los edificios debían construirse en sus partes vivas no con vigas de madera sino con sillares de piedra... refractaria al fuego... Entre casa y casa no debía haber paredes comunes, sino tener cada una las suyas propias". Se ve claro que la nueva Itálica de Hadriano se proyectó y se construyó de una vez teniendo muy en cuenta estas sabias ordenanzas, a las que sigue puntualmente, como se habrá visto. Itálica es por ello el mejor ejemplo hoy conocido de aquellas novedades que marcaron una verdadera revolución en los conceptos urbanísticos de la época, sometiendo al bien general los particularismos anárquicos que tradicionalmente [-458→459-] se seguían. Las ordenanzas neronianas significan por tanto un progreso importante sobre los conceptos hipodámicos, si no en la planificación urbana, sí al menos en los procedimientos constructivos que habían de regir para las viviendas.

#### *Sine ira et studio (Réplica a unas insinuaciones)*

En el folleto publicado por la comisión organizadora del Congreso que nos ha reunido aquí, se hacen dos insinuaciones que me atañen. Permítaseme que aluda a ellas para que quede todo claro, no sin pedir antes perdón por traer a esta asamblea temas "personales". Conste que si lo hago es porque, contra toda norma y abusando de un crédito y una hospitalidad, alguien ha querido usar del mencionado folleto para deslizar en él palabras que pueden engañar a quien no sepa lo que hay detrás de ellas.

Son tan sólo dos puntos. En el primero, el señor Carriazo deja caer una frase meditadamente confusa en la que se dice que los planos de Itálica han sido (textualmente) "pirateados a mansalva con desconocimiento de la propiedad intelectual".

Que yo sepa, el plano de Itálica no se ha publicado más que en dos ocasiones: una, la primera, por el profesor Wegner en *Gymnasium* 61, 1954, 431; otra, la segunda, por mí en mi libro sobre Itálica salido a luz en 1960. El que publicó Wegner procede sin duda del que expone el Museo Arqueológico, y es el que muestro en la diapositiva que vemos <sup>1</sup>, y no es otro que el plano a que alude el señor Carriazo. El que publiqué yo es mío en su integridad, y es el que vemos en esta otra diapositiva <sup>2</sup>. Un cotejo de ambos convencerá de que hay una gran diferencia entre uno y otro, con muchos más detalles el mío que el que publicó Wegner y se expone en el Museo de Sevilla. Esta patente diferencia tiene una sola razón: que el plano por mí publicado y firmado en Itálica en 1955, está hecho por mí sobre las ruinas mismas, buscando y rebuscando en ellas los más débiles trazos de obra; está todo medido por mí, [-459→460-] personalmente, y todo dibujado por mi propia mano. Prueba de ello son las minutas acotadas que proyecto <sup>3</sup>, más

<sup>1</sup> Se proyectó el plano publicado por Wegner.

<sup>2</sup> El mismo pie ilustra en hoja plegada mi libro *Colonia Aelia Augusta Itálica*, Madrid 1960.

<sup>3</sup> Se proyectaron parte de las notas gráficas tomadas para la confección del plano dicho.

otras que aún guardo, pero que no presento por no aburrir a los oyentes. Pruebas son también los planos parciales, cortes, alzados, reconstrucciones que han visto ustedes ya en la pantalla <sup>4</sup>. El señor Collantes, generosamente, me dejó una copia del plano, plano en el que él, con todo cuidado, había situado los mosaicos. Esta copia fue estudiada por mí y devuelta poco después, pero no la reproduje porque yo me hice el plano *ex novo*, por mí mismo, en todo y por todo. Si el señor Carriazo quiso insinuar que mi plano de Itálica fue "pirateado", queda ya claro hasta qué punto ello es una falacia.

Vamos ahora al segundo punto. Este es menos serio. Es jocoso. Resulta que la cata que hice yo, personalmente, en 1958 la hice (textualmente) "bajo sus auspicios". ¿Qué sentido habrá querido dar el señor Carriazo a esta palabra? En el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, "auspicio" significa "protección, favor", pero ni yo me vi amenazado al hacer la cata, ni hubo más favor que el de la Dirección General de Bellas Artes, que fue la que costeó los gastos de esta empresa cuya iniciativa —añadamos— fue —como su ejecución— exclusivamente mía. Convendría, que quien así habla se apease ya del alto coturno con que quiere andar entre arqueólogos, porque todos nos conocemos y sabemos qué coturnos calzamos.

Señores congresistas, pídoles de nuevo perdón por haber traído aquí este asunto; pero, lamentándolo, no hago sino restituirlo al lugar donde lo plantearon. Naturalmente, no hay la más pequeña censura para los organizadores del Congreso, cuya buena fe se habrá visto tan sorprendida como la mía. Ruego ahora que esta mi defensa figure en las actas, y ello no sólo por mí sino también como descargo de los propios organizadores del Congreso y de este mismo, ante el cual se han traído estos problemas que espero dejen de serlo tras estas puntualizaciones.

---

<sup>4</sup> Son en parte los que ilustran mi obra ya citada.